

## ROMANCE DE LA TIA

Corresponde a un libro de temas nativos que el autor publicará en breve.

### I

*Esta que aquí presento, gran señora,  
es mi tía... Vivía cuando yo era muchacho;  
y su recuerdo es para mí tan vivo,  
que no hay cosa más viva en mi memoria  
de los años adolescentes y lejanos.*

*Alta, delgada, erguida con matronil empaque  
a pesar de los años, que eran más de setenta,  
el paso firme, el gesto recatado,  
severo el rostro de energía aguileña,  
pudorosa la boca, la mirada  
reposada, las manos hacendosas  
y ejemplar la palabra: tal era mi señora  
doña Asunción, la tía, prez del linaje criollo.*

*Prez del criollo linaje, la señora mi tía,  
—permitidme que os muestre su empañado retrato—  
vivió en tiempos aquellos de los rojos caudillos,  
del bagual y la vincha,  
del degüello y la lanza...*

*Nacida en la templanza de su solar patricio,  
de las civiles guerras vivió en los tiempos rudos;  
guerrero fué su padre, guerrero fué su esposo,  
y guerrilleros fueron sus diez hijos,  
que a algunos les perdiera en luchas tales.*

*Y hasta ella misma en algún trance duro  
—según decían las lenguas familiares—  
trabuco en mano,  
decidida y fiera,  
defendiera la puerta de su casa.*

*Mujer del tiempo rudo en la patricia gesta,  
a quien dolor dió amor de sacrificio,  
en el peligro endureció su pecho;*

*confortadora firme de varones,  
en medio a la zozobra y al tumulto,  
fué heroína de sitios y de exodos.*

*Mas fué también, en la tertulia urbana,  
dama del peinetón y el miriñaque,  
que, recogiendo con pulidos dedos  
el vestido de raso, la gavota  
y el rigodón danzaba al son del clavicordio  
romántico...*

## II

*Su historia era la historia del país. Los caudillos,  
las guerras, las revueltas, los éxodos, los sitios,  
las entradas de ejércitos vencedores,  
las zozobras continuas,  
los motines que sorprendían a medianoche,  
las puertas atrancadas y las precipitadas  
huídas...*

*Por su narrar pasaba la historia turbulenta  
de sus tiempos de hierro. Nadie, como la tía,  
sabía pintar los tipos y las cosas;  
su charlar era rico en colorido.*

*El Sitio Grande—que fué cuando era regia moza,  
y cosía ponchos para los soldados—,  
la Cruzada de Flores, donde perdió al marido,  
la Guerra de Aparicio y el Quebracho,  
en donde le mataron a un su hijo:  
todo era vivo en ella, que era viviente historia  
doña Asunción, la mi señora tía.*

*Y era su narración inagotable  
y sorprendente de episodios nuevos,  
que iba sacando con su lenta mano  
del viejo arcón precioso del recuerdo.*

*Pasaban en visión por sus anécdotas,  
como viejas figuras familiares,  
los caudillos famosos: Lavalleja,  
a su decir tan bruto como bravo;  
Riviera, el gran padrino de la Patria;  
el General Oribe, pálido y sanguinario;  
Flores, león reposado;  
el de lengua melena, Caravallo;  
el viejo Timoteo, la lanza más temible  
de aquellos entreveros de centauros;  
el tirano Latorre, de mirada terrible;  
Goyogeta, el indio, y el de la faz siniestra:  
Anacleto Medina.*

*Siendo niña, una noche, despertó en sobresalto;  
había ruido y tumulto en la casa; vió a su padre  
—a la luz amarilla de un candil oscilante—  
con la espada brillante defenderse de un grupo  
de emponchados siniestros con divisa y trabuco  
que eran del otro bando;  
y vió a la madre, llena de espanto y de gemido,  
correr hacia su lecho y envolverla en sus brazos  
y huir en la noche, a tiempo que su padre.*

—semejante a un espectro en la luz amarilla—  
convulso ya, de muerte caía herido,  
después de haber tendido a tres de los emponchados...

Este era su recuerdo más lejano  
y más horrible, que ponía el contarlo  
miedo y coraje a un tiempo en los muchachos  
que la escuchábamos.

Mas, sangrientos y heroicos como aquese,  
tenía ella episodios a millares;  
en unos tomó parte y en otros fué testigo;  
muchos sabía también que le contaron;  
y la guerrera historia de sus tiempos,  
como cosa viviente se animaba en su boca  
de un colorido extraño.

### III

En los crudos azares de las guerras  
perdió su posición de bien ficada  
señora que heredó prez y fortuna;

En un trance tal, dejando la muy urbana vida,  
a el marido siguió al campo desierto,  
que con duros trabajos y abstinencias  
a recacer la heredad, otra vez, iba.

Y en campos de salvajes soledades,  
sin caminos, ni abrigos, ni jagüeles,  
alzó su rancho y la menguada hacienda  
la usó allí a pastorear, medio baguala.  
Y allí fué del guardarse de matreros  
que se venían al rancho solitario,  
y del ahuyentar los perros cimarrones  
que hacían estragos en la borregada;  
y del apagar la lumbre antes de noche,  
y del pasarse las noches arma al brazo,

uno de cada lado de la puerta,  
mientras el cuero que servía de atajo,  
rascaba con sus garras amarillo  
yaguareté cebado...

Así fué que rehizo su posición perdida,  
y a la vuelta de pocos mas empeñosos años  
regresó a la ciudad, la señora mi tía.

Y otra vez habitó su solariega casa;  
y serena en la suerte como fué en el desvío,  
sentada al clavicordio dijo los versos de antes,  
y lució el miriñaque de seda en la tertulia.

## IV

Cuando en casos frecuentes sus tres hijos,  
que, después de cenar se habían quedado  
a la mesa más tiempo que en costumbre,  
tras un silencio largo, sin mirarla,  
—Sabe, mamá, que hay guerra...?—le decían;  
La severa matrona, que sabía,  
lo que querían decir palabras tales,  
sin espanto, protesta, ni gemido,  
palideciendo un poco, preguntaba:  
—¿Cuándo se van...?—Cuanto antes—respondían.

Y al despedirse, entera, de sus hijos,  
—pensando cuál sería que despidiera  
por siempre así,—con interior gemido  
les estrechando contra el pecho fuerte,  
sus palabras de madre eran:—Que siempre  
como bravos se porten, hijos míos.

## V

Años después, ya viuda y lejos ya de sus hijos,  
quedó sola en su casa, más no perdió la noble

entereza de su ánimo patricio.  
 Entre fianzas y pleitos, fué perdiendo fortuna;  
 poco ducha en camándulas, se confió a lezulejos,  
 pretendidos amigos que comieron, bellacos,  
 poco a poco sus bienes.

Primero fué la estancia del Durazno,  
 hipotecada a vil precio;  
 después la quinta aquella de Atahualpa,  
 la aquella quinta umbrosa de los más deliciosos  
 damascos, donde veraneaba la tía.  
 Y en los últimos años, cuando bien la recuerdo,  
 ya le quedaba sólo su solariega casa,  
 la vieja casa colonial y enorme  
 donde vivía la dama entre sus plantas,  
 sus retratos, sus muebles, sus visitas,  
 sus mulatitas y sus papagayos.

Extraña casa aquella de la tía,  
 con sus muros muy gruesos,  
 y sus rejas  
 sus pequeños balcones y el gran patio emparrado,  
 con su aljibe en el centro de brocal de azulejos,  
 con su olor de naranjo, y en verano  
 lleno de una frescura  
 verde...

Aún la veo a la tía en aquel patio,  
 sentada en su sillón de viejo estilo,  
 con sus claros batones florudos,  
 sus relicarios de oro, sus pintas antiguas,  
 sus largas y pesadas carabanas,  
 y su gran abanico, que cerraba y abría...

Todas las tardes, tras de dormir su siesta,  
 se ponía la dama sus peinetas,  
 sus largas carabanas y su batón floreado;

*y abriendo su abanico se sentaba  
en el viejo sillón.*

*Una negrita,  
de blanca dentadura, traía el mate  
de plata boliviana, que tomaba la tía;  
y había en el patio una frescura verde,  
antigua y olorosa,  
que no he vuelto a sentir más en la tierra...*

## VI

*En invierno, la tía, que estaba ya achacosa,  
se pasaba las tardes en la vetusta sala  
impregnada en perfume de los años antiguos,  
cuando en ella danzaban el minué o la gavota  
las que hora bisabuelas eran, o se habían ido...*

*Misia Asunción allí se adormecía,  
sentada en su petaca y en su rebózo envuelta,  
a los pies un cojín que bordaron los indios,  
tomando el mate que traía la negra,  
sus encajes haciendo de palillos,  
o mirando a través de las ventanas  
pasar la gente por la calle triste.*

*Era triste el invierno de la tía.  
La casa se animaba en el verano;  
tornaba el patio a ser verde y frondoso,  
con olor de glicina y de naranjo;  
y se poniendo su batón floreado;  
sus peinetas, sus joyas, su abanico,  
en su sillón de hamaca, entre las calahualas,  
se sentaba la tía:*

*Desde que la tía quedara sin su quinta,  
donde todos los años iba por el verano,  
veraneaba en la umbria de este patio*

con olor de naranjo, y de glicina,  
 Y en las tardes calmosas, tras la siesta,  
 hasta que el toque de oración tañían—  
 con matriarcal sonrisa,  
 en su sillón sentada  
 recibía la dama a sus visitas.

Y eran raras visitas de sus tiempos  
 aquellos coroneles retirados,  
 ásperos veleranos de las guerras,  
 que tomaban rapé (la tía también tomaba),  
 y con quienes placía a la señora  
 discutir de política y recordar lo antaño.

Y aquella extraña rueda de curujqs,  
 pensionistas eternas del estado,  
 siempre en traje de seda y con mitones,  
 misia tal, misia cual, muy fruncidas, muy suaves,  
 muy pasadas de moda,  
 que no hablaban sino de enfermedades,  
 de difuntos, de sustos, de recetas,  
 conocían las virtudes mágicas de las yerbas,  
 sabían hacer unguentos y creían en el daño.

También iba otra gente a aquella casa,  
 —sin mentar, por supuesto, a los parientes—  
 mas se estaban de pie frente a la tía,  
 muy humildes y hablando con respeto.  
 Eran hijos de antiguos servidores;  
 muchos eran ahijados de la dama;  
 de muchos, quienes fueran, no sabía;  
 mas, a todos, severa y bondadosa,  
 les mandaba pasar a la cocina...  
 Y, esta cocina en casa de la tía,  
 hospitalaria y vasta y siempre llena  
 de trajín y de humo, donde abundaba el mate  
 y los pasteies,



era un abigarrado medio mundo  
 en que folgaba el mulataje urbano;  
 la tía no supo nunca cuántos eran:  
 era tal la largueza de la casa.

Así era la tía, mi señora  
 Doña Asunción, sentada en su petaca,  
 en la vieja casona solariega;  
 por el invierno en la vetusta sala,  
 impregnada en olores de recuerdo;  
 por el verano en la frescura verde  
 y en la antigua alegría de aquel patio  
 familiar, con olor de limonero.

De todos los recuerdos queridos y distantes  
 de aquella adolescencia tan distante y querida,  
 no hay ninguno más vivo que el recuerdo  
 de la tía sentada en aquel patio,  
 con su batón floreado y su abanico,  
 sus largas carabanas y sus cuentos,  
 entre la fronda de las calahualas  
 y el hablar de los loros brasileños.

## VII

Cuando la hora llegó de su partida  
 de este mundo, reunió toda su gente:  
 nietos, sobrinos, nietas, entenados,  
 ahijados, protegidos y sirvientes;  
 y en toda la entereza de su juicio,  
 con palabra oportuna para todos,  
 se despidió de todos, y una prenda  
 le dejó a cada uno por memoria.

No era beata la tía, mi señora,  
 y aún sospecho no fueran de su agrado  
 los curas, pues solía contar de ellos historias

*picantes.*

*Mas era mi señora muy cristiana:  
 --Tener su religión—ella decia—  
 es necesario. Así, todas las fiestas  
 de guardar, iba a misa a San Francisco;  
 por la Pascua Florida comulgaba,  
 tenía en su casa imagen de la Virgen,  
 y no faltaba nunca ni a la misa del gallo,  
 ni al sermón, en Cuaresma, de agonía.*

*Así es que, ya en sus horas postrimeras,  
 por bien cumplir cual siempre había cumplido,  
 hizo venir al Viático solemne,  
 en sufragio de su alma ordenó misas,  
 lloraron ojos que ella no llorara,  
 y en la paz del Señor murió la tía.*

*Porque así fué la tía, mi señora  
 Doña Asunción, de la nativa estirpe  
 prez y ejemplo, que Dios tenga en su gloria;*

*escrita aquí en estrofa dejar quiero  
 —que muy digna de tal, por cierto, ha sido—  
 su historia. Acompañadme en el recuerdo.*

A. ZUM FELDE—1920.—